

teórica. Se le propone la asistencia a un grupo de estudio, cuya asistencia ha de ser constante durante el curso. Los que van a las clases lo hacen sintiendo verdadera necesidad de lo que se les va a ofrecer, asisten con una disposición mental receptiva. Se les hará entender desde un principio que la instrucción no es un fin en sí mismo, que lo que se le enseña no son meras palabras sino que hay quien vive el comunismo que se le está enseñando. El proceso de formación es cuidado al máximo y será en estos grupos donde surja la posibilidad para algunos de convertirse en líderes» (6).

Claras son las razones del triunfo presente de la Revolución: Dios no niega el fruto a los esfuerzos del impío, nos recuerda también Ousset.

Nuestra acción requiere esa consagración constante, esa entrega generosa y también requiere la utilización conveniente y decidida de los medios, de nuestros medios: las células de formación cívica para la Contrarrevolución, donde se asimila más vivoamente la doctrina y se obtienen el hábito de hablar de ella, y donde se verifica la utilidad de Verbo, las restantes publicaciones de Speiro y de otras editoriales afines, que contribuyen con su labor a la formación sistemática e intensiva para propagar y vivir la Verdad.

Concluiré con un recordatorio sobre cuál es nuestra grave obligación en palabras de Pio XII:

«La verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida. También la verdad, particularmente la cristiana, es un talento que Dios pone en las manos de sus siervos para que con sus empresas fructifique en obras de salvación común. A todos cuantos se hallan en posesión de la verdad querríamos preguntar, antes que lo haga el eterno Juez, si han hecho fructificar el "talento" de modo que merezcan oír la invitación del Señor a entrar en el gozo de su paz».

TEXTO ESCRITO PARA EL DISCURSO DE RAFAEL BOTELLA GARCIA LASTRA

Queridos amigos:

Esta discreta colación nos retrotrae a los tiempos medievales, época de esplendor del monacato cristiano, cuando en refectorios de tan desundadas paredes como éstas, conforme al sobrio estilo cisterciense el corazón de castellanos recios palpita con la certeza de su lugar en el mundo y del sentido de sus vidas.

También San Fernando, Rey, gobernante cristiano, percibía su misión política en el mismo entrañable orden natural en que los monjes elevaban sus oraciones, los guerreros combatían al infiel, los artesanos manifestaban la gloria de Dios en las obras de sus manos, los filósofos y teólogos buscaban y contemplaban la Verdad, los juristas descubrían la íntima justicia escondida en el orden natural de las cosas y.

(6) Recensión hecha por Alberto Jorner del libro «¿Cómo formar dirigentes?», Douglas Hyde, Ed. Pisando Fuerte, Artesa de Lérida, 1968. Publicada en el número 2 de la revista *Aquí estamos*, en noviembre de 1983.

en fin, la entera Cristiandad completada en la historia la obra creadora de Dios.

En efecto, el Cristianismo había fijado el fin del hombre más allá de los límites de la vida presente a la vez que había afirmado que un Dios creador no deja nada, absolutamente nada, fuera de los designios de la amorosa Providencia. Tenía, pues, que admitir también que todo, absolutamente todo, en la vida de los individuos, como en la vida de las naciones, debía ordenarse necesariamente en vista de este fin eterno.

Así entendida la Historia, no es un cuadro abstracto en cuyo interior duran las cosas. Por el contrario, para todo pensador de la Edad Media, hay hombres concretos que pasan en vista de un fin que no pasará; así San Fernando, católico rey de España, así sus herederos, príncipes de la católica monarquía española, así nosotros albaceas de ese rico legado histórico, que oculto bajo la podredumbre y miseria de los tiempos modernos —y aun posmodernos— pervive, incluso ignorado, en lo más hondo de nuestros seres.

¿Qué somos y qué queremos? Queridos amigos, nuestra misión no es otra que la de celosos custodios de la conciencia de ese plan divino, a la vez humano y eterno, hoy ignorado no solo por los filósofos y agnósticos, sino también, incluso, por los cristianos. Nuestra misión no es otra que aquella que, callada y humildemente —y también, por qué no heroicamente—, asumieron a fines del primer milenio los monjes que, anegada la Cristiandad hispana por la invasión islámica, conseroaron amorosamente la cálida llama del saber y conocer cristianos.

Entre muertos vivo, decía Menéndez y Pelayo, y también nosotros, a fines del segundo milenio arropados por el testimonio de sus vidas, su santidad y su ciencia cristiana, debemos reivindicar incesantemente y con íntima y patriótica devoción, este legado imprescriptible.

Con esta conciencia de nuestra misión, no podemos percibir la historia como un lugar frío e inhóspito, en el que carentes de orientación y sentido nuestras vidas individuales y colectivas se entretajan de nada y de vacío.

Muy al contrario, puesto que existe un fin promulgado por Dios hacia el cual sabemos que su voluntad dirige a todos los hombres. ¿Cómo no reunir a todos los hombres, a todos los tiempos, a todas las naciones bajo una misma idea y ordenar la suma total de sus progresos hacia ese fin? Por ello, Santo Tomás advirtió con frecuencia que cada generación no solo se beneficia de las verdades acumuladas por las precedentes, sino que también saca provecho de sus mismos errores y trasmite a las futuras una herencia aumentada con sus esfuerzos.

Así, nosotros, lejos de complacernos en estériles y baldías lamentaciones y en una amarga y desesperanzada nostalgia debemos contemplar con entereza las ruinas de la antigua cristiandad y descubrir, bajo el aparente silencio de Dios, su callada y misteriosa mano providente.

En oposición a esta armoniosa y acogedora imagen del mundo, la modernidad nos propuso un orden frío y geométrico de la razón y del progreso indefinido. Orden frío y descarnado, sí, pero al fin y al cabo orden. Un progreso descompasado del plan divino, un progreso ajeno a su fin último, pero, progreso al fin y al cabo.

¿Y qué decir, sin embargo, de nuestros contemporáneos, inmersos

en eso que, a veces con acierto pero otras con frivolidad excesiva, se ha dado en llamar la posmodernidad?

Posmodernidad que no es otra cosa que un último estadio de esta evolución, que desde las alturas del pensar cristiano hemos venido contemplando, y que ya el maestro Donoso Cortés había augurado con profética clarividencia, de la soberanía de la fe a la soberanía de la razón, y de la soberanía de la voluntad a la soberanía de los sentidos y las pasiones. Pues bien, vivimos hoy en una sociedad finalmente convertida en adolescente, en el reinado del consumidor, donde toda libertad es imposible, no solo las concretas por las que lucharon y murieron nuestros mayores, sino incluso las irreales y ficticias de la modernidad.

En el mismo momento en que la técnica, a través de la televisión y los ordenadores pareciera capaz de hacer que todos los saberes penetrasen en todos los hogares, la lógica del consumo destruye no solo la fe sino también la cultura. La palabra persiste pero vaciada de todo contenido y significado profundo. Falta no solo la apertura al cuidado del alma sino también a la verdad del mundo. Lo que rige la vivencia espiritual es el goce desenfrenado de placer, forma absoluta que la posmodernidad ha dado al interés individual.

Ya no se trata de convertir al hombre en sujeto autónomo, desligado de Dios como la democracia liberal pretendió. Se trata, más bien, de satisfacer sus deseos más inmediatos, de divertirle al menor coste posible. El hombre posmoderno, conglomerado de necesidades pasajeras y aleatorias, ha olvidado no solo su lugar en el orden de las cosas, sino también que la cultura es algo más que el púlpito inmediato de un deseo satisfecho.

Se vive hoy en la Disneylandia de la cultura. La violenta irrupción del poder en la vida privada coopera en un mismo fin, adormecedor y alucinógeno, con la sonriente agresión de la música ambiental y de la publicidad. La consigna de este nuevo hedonismo refractario tanto a la fe como al esfuerzo de la razón es embriagarse de consumo. Al posmoderno le gusta avituallarse en el inmenso hipermercado de la cultura plurimorfa; pasar sin traumas por nuevas experiencias culturales, beber en distintas fuentes de saber. Vivimos hoy en una inmensa confusión, donde tanto da, que da lo mismo, Mozart que Mickel Jackson, el perro mascota de Mariscal que un bello cuadro de Zurbarán.

Por lo tanto, ya no es ni el bien común, que al comienzo de estas palabras evocábamos, el rector de la convivencia de las sociedades; ni siquiera ese sucedáneo descafeinado que se nos ofreció por la democracia socializada, ese «bien estar» común, propio de la última modernidad. Sino un absoluto desorden, maremagnum de tendencias contradictorias y deseos individuales, una sociedad adolescente ajena a cualquier tipo de valor, tanto eterno como meramente trascendente.

¿Qué hacer y cuál es nuestra tarea? Entre la tentación de la desesperanza y el espejismo de una restauración posible, no nos queda sino el camino de la íntima resistencia perseverante. El heroico destino de aquel soldado, aquel legionario pompeyano, del que hablara Oswald Spengler en el último de los párrafos de la Meditación del hombre y la técnica, que pereció sepultado por la lava del Vesubio, firme en su puesto, porque nadie, absolutamente nadie, le había dado la orden de retirarse.